



Miguel Ángel Hernández Bitor

UN RATERO EN BUDAPEST

y otras historias



Muestra



MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ BITOR

**UN RATERO EN BUDAPEST Y
OTRAS HISTORIAS**



© Obra: Un ratero en Budapest y otras historias

Primera edición: Septiembre, 2021

© Autor: Miguel Ángel Hernández Bitor

ISBN: 978-84-18678-13-4

Depósito Legal: M-24595-2021

Maquetación: Pablo Casado Fernández

Diseño de cubierta: Pablo Casado Fernández

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.

C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.

Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es

www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

EL AMBIENTADOR

Ocurrió hace 40 años. Integraba una brigada médica cubana que iba a prestar sus servicios en lo que en aquel entonces se conocía como la Yamahiriya Árabe Libia Popular Socialista, que encabezaba el depuesto líder Coronel Muamar el Gadafi.

Aunque nuestro trabajo obedecía a un contrato establecido entre el Ministerio de Salud Pública de Cuba y su contraparte libia, era la empresa exportadora de servicios profesionales llamada Cubatécnica, la encargada de crear las condiciones adecuadas para nuestra permanencia en el país árabe, así como de recibir el dinero correspondiente a nuestro trabajo. La mayor parte del mismo –creo recordar que un 60%– se enviaba al gobierno de Cuba, mientras que el resto debía ser invertido en el país. De esta cantidad, una parte era destinada al alquiler de las casas y el mobiliario, así como nuestra alimentación. Además, a cada uno se nos entregaban 10 dinares libios mensuales – el equivalente a 30 dólares de la época– para otras necesidades individuales.

Al día siguiente de nuestra llegada a Trípoli, mi grupo –formado por alrededor de 120 personas entre médicos, enfermeras y técnicos– fue trasladado a un pequeño pueblo situado aproximadamente a 180 kilómetros hacia el suroeste llamado Jado (Jadu, Giado), sobre una

zona montañosa . Daba vértigo mirar a nuestro alrededor a medida que el autobús ascendía, serpenteando, por aquella carretera infernal.

El resto de la brigada trabajaría en la ciudad de Nalut, situada a casi 100 kilómetros al oeste de donde nos encontrábamos.

Nuestro grupo se instaló en 6 viviendas de 2 plantas cada una agrupadas de manera que ocupaban toda una manzana. A efectos organizativos y económicos, funcionábamos como 12 viviendas, cada una de las cuales debería contar con todo lo necesario para vivir con relativa comodidad por un período de 2 años, que era el tiempo que estaba previsto que estuviéramos en el país.

Pero lamentablemente, a nuestra llegada, en pleno invierno, comprobamos que no existían las más mínimas condiciones para instalarnos en aquellas casas. Solo contábamos con catres, mantas y un pequeño armario distribuidos por los dormitorios, que ocupaban a veces hasta 4 personas. No había agua corriente ni calefacción. La cocina completamente vacía, por lo que fue necesario que, durante varios meses, nos tuviéramos que desplazar hasta un comedor colectivo improvisado en una nave anexa al hospital, situado a unos 300 metros de nuestras viviendas; esto bajo cualquier condición climatológica.

Dos o tres empleados de Cubatécnica eran los encargados de atender las necesidades de nuestro grupo. Estos vivían también en una de nuestras casas. El jefe de la empresa, sin embargo, disfrutaba de una habitación –muchos decían que era una suite– en el lujoso hotel Libya Palace, en la capital.

Lo recuerdo alto, rubio, con un abrigo de paño largo, lo que le daba una apariencia de capo de la mafia, por lo que rápidamente se ganó el mote de Don Corleone. Por esta razón, y por las cosas que vivimos posteriormente, la empresa cubana intermediaria que presidía Don Corleone dejaría de ser para nosotros Cubatécnica y pasaría a llamarse Cubagánster.

Poco a poco fueron sucediendo cosas que ponían en evidencia que nuestras carencias eran el resultado de una trama de corrupción que empleaba el dinero producto de nuestro trabajo para mantener un elevado tren de vida de los empleados de la empresa y sobre todo de su jefe.

Una de las primeras tareas que tuvo que emprender Cubatécnica fue la adquisición de abrigos para todos los integrantes de la brigada, pues no teníamos ropa adecuada y el invierno estaba resultando demasiado crudo.

Por esta razón, después de varios días soportando las bajas temperaturas, nos entregaron unos abrigos negros de polipiel que tampoco nos protegían gran cosa pero que, con seguridad, habían conseguido a muy buen precio.

Ante nuestras quejas, nos trajeron también calefactores de keroseno, uno por dormitorio, que nos disputábamos abiertamente, pues solo teniéndolos muy cerca cumplían su cometido.

Algo similar ocurrió en cuanto llegó el verano. Compraron ventiladores que, por cierto, jamás fueron sacados de sus cajas. Todo el mundo sabe que en verano, en esa zona del mundo, ponerse delante de un ventilador es como hacerlo frente a un enorme secador de pelo.

Era muy evidente que todo lo que compraba Cubatécnica para cubrir nuestras necesidades era de la peor calidad. Y así sucedió también cuando, después de varios meses utilizando el comedor colectivo, se decidieron a habilitar las cocinas de cada casa para normalizar en cierta manera nuestro día a día.

Los cuchillos se partían al apenas utilizarlos. Las máquinas de picar carne también se partían con solo emplear algo de fuerza... Todos coincidíamos en que las compras las realizaban en un gigantesco rastro de Trípoli al que llamábamos “la cochambre”. Ya se podrán imaginar cómo era el lugar.

Luego de varios meses de estar reclamando la necesidad de un televisor para el entretenimiento del personal, un día nos dieron la gran sorpresa: una TV blanco y negro que había sido sustituida por otra más moderna en la casa del embajador cubano en Trípoli.

¡Ah, pero no solo eso! Su Excelencia también nos obsequió con una lavadora, que igualmente había sido sustituida en su mansión. ¡Cuánta amabilidad!

Tener en cuenta que, tanto el equipo de TV como la lavadora eran para el disfrute de 120 personas. Tal cual.

Pero sin lugar a dudas, donde sí quedó cuestionada la gestión comercial de Cubatécnica, ocurrió cuando debieron entregarnos artículos de aseo personal.

Un cargamento con productos de este tipo –jabón de tocador, desodorante, pasta dental, papel higiénico– había sido enviado desde Cuba. Al llegar al aeropuerto de Trípoli el mismo quedó retenido a la espera del pago de los impuestos correspondientes.

Tras varias semanas de gestiones con el gobierno libio, Cubatécnica consiguió hacerse con el cargamento,

pero a un coste muy superior al que hubiesen tenido que pagar si se hubieran comprado esos mismos productos en el país.

Esa fue la razón por lo que, a partir de ese momento, se realizaría esta compra en cada localidad.

Y así fue como, tratando de comprar lo más barato del mercado, cayó en nuestras manos un spray de ambientador todo rotulado en árabe, adquirido por error pensando que se trataba de desodorante.

Eso sí, era muy muy barato. Una verdadera ganga.

DESAYUNO CON ABUELO

Poco después de la llegada al poder de Fidel Castro, el 1 de enero de 1959, comenzó el éxodo imparable de la población cubana hacia otros países, principalmente los Estados Unidos.

Durante muchos años, la comunicación entre los emigrados y su familia y amigos en la isla se realizaba casi exclusivamente a través del correo postal, ya que las llamadas telefónicas, además de ser excesivamente caras, eran muy difíciles de establecer. Por esa razón este servicio se consagró como el vínculo más importante entre ambas orillas. Al no existir relaciones diplomáticas ni comerciales, aquellos sobres con bordes de colores rojos y azules se convirtieron en el único elemento de relación posible.

A través del correo postal era posible además recibir algunos medicamentos y suplementos vitamínicos del país vecino.

Todavía recuerdo las postales con rubias despampantes en bikini en las playas de Miami que me mandaba mi primo Pablito y que yo coleccionaba y celosamente pegaba detrás de la puerta de mi armario para echarles un vistazo a cada rato. También por esta vía recibía de vez en cuando una lámina de chicle pegada al papel con Scotch Tape y mi padre disponía de cuchillas

Gillette para su afeitado. Esto lo libraba del sufrimiento de usar las cuchillas fabricadas en el campo socialista, que convertían el rasurado en una verdadera tortura. Recuerdo varias marcas (Astra, Sputnik, Venceremos, Leningrad, Neva), todas igual de malas, aunque las peores eran las Neva, fabricadas en la antigua Unión Soviética. En la envoltura de la hoja tenían un dibujo de un hombre afeitándose y todo el mundo decía que, por la expresión de su rostro, parecía que lloraba. Por eso para los cubanos dejaron de ser las cuchillas Neva para llamarse “lágrimas de hombre”.

Pero, volviendo al correo postal, hay que decir que tenía dos grandes inconvenientes:

En primer lugar, su connotación ideológica.

En una época en la que tener relación, aunque fuese epistolar, con “alguien” que se hubiese marchado al “extranjero” –entiéndase a los Estados Unidos– era sinónimo de “debilidad ideológica”. No importa que fuera tu madre o el vecino de enfrente. Esto era particularmente peligroso para la gente joven. No olvidar que muy a menudo, en cualquier entrevista, solicitud o simplemente para formalizar una matrícula en una escuela, las preguntas que nunca faltaban eran:

¿Tiene Ud. creencias religiosas?

¿Tiene Ud. familiares en el extranjero?

Por esta razón, era muy fácil para el gobierno y las organizaciones paragubernamentales –principalmente los C.D.R– tener una información precisa y actualizada de todas aquellas personas que mantenían “contacto con el enemigo”.

El otro inconveniente del correo postal era el tiempo que tardaban las cartas en recorrer tan corta distancia.

En el mejor de los casos, podían tardar meses en llegar a su destino. No era extraño, sin embargo, que muchas de estas cartas se dieran definitivamente por extraviadas.

Y fue precisamente esta circunstancia la responsable de la trágica situación que vivió una familia del poblado de Jaruco, muy próximo a mi Santa Cruz natal.

Parte de esa familia, incluidos el abuelo Francisco y la abuela Caridad, había emigrado a la ciudad de Miami.

Lamentablemente, pocos meses después de la partida, el abuelo Francisco falleció y el resto de la familia quiso cumplir con la última voluntad del fallecido: que sus restos reposaran en la tierra que lo vio nacer.

Por esa razón, y pensando que sería la forma más fácil y económica de cumplir con el deseo del abuelo, todos sus familiares estuvieron de acuerdo en incinerar el cadáver y trasladar sus cenizas al panteón familiar en Cuba.

Pero lo que parecía una sabia decisión chocó frontalmente con la realidad. La ausencia de relaciones bilaterales y el tenso clima en la región que mantenían ambos gobiernos, no permitía realizar los trámites correspondientes para el traslado de las cenizas de Francisco, por lo que llegaron a la conclusión de que no había otra alternativa que esperar un tiempo razonable para ver si la situación cambiaba y se pudiera realizar el traslado.

En medio de esa espera, al hijo de Francisco se le ocurrió una idea para burlar las trabas burocráticas y dar –por fin– cumplimiento al último deseo de su padre. Reunió a los miembros de la familia y soltó la bomba:

Mandarían las cenizas del abuelo en un frasco de Gevral, complemento alimenticio que con mucha frecuencia era enviado en aquella época por los emigrados a sus

familiares en Cuba, muy necesitados de un refuerzo de la dieta.

Sorprendentemente, a todos les pareció una idea genial, y a partir de ese momento se pusieron manos a la obra. Eso sí, junto con el Gevral era necesario enviar una carta explicando detalladamente el procedimiento empleado.

Pero lo que nadie pudo prever fue que el paquete con el frasco de Gevral llegara a Jaruco mucho antes de la carta explicativa, quizás porque se confiaron demasiado en que, por regla general, los “paquetes” tardaban mucho tiempo más en llegar al destinatario que las cartas.

Fue así como llegaron las cenizas del pobre Francisco a la mesa de su antigua casa de Jaruco, donde todavía vivía el resto de la familia. Y allí, por supuesto, fueron algunos de sus nietos los que dieron cuenta en los desayunos de aquel complemento alimenticio tan necesario, sobre todo para los pequeños.

Varias semanas después, cuando ya del Gevral no quedaba nada, llegó la carta. A la hija de Francisco y madre de los niños la tuvieron que llevar a toda carrera a su policlínico con una fuerte crisis nerviosa, y en el pueblo la noticia dio para mucho tiempo.